

Solemnidad del Corpus Christi (19-06-22)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas, bienvenidos a esta plaza en donde otra vez, como en la época de Jesús, nos reunimos más de cinco mil personas. Y hoy día, quiero saludar especialmente al Señor Nuncio, ms. Nicola Girasoli; al nuevo secretario de la Nunciatura, ms. Rastislav Zummer; a nuestros obispos auxiliares, ms. Guillermo Elías, ms. Guillermo Cornejo, ms. Ricardo Rodríguez, ms. Juan José Salaverry. Y hoy tenemos una sorpresa, porque ha venido a participar de nuestra celebración ms. Alejandro Wiese, que acaba de ser nombrado obispo de Requena.

Muchas gracias a todos ustedes, sobre todo, a las hermandades y a las comunidades cristianas de las distintas parroquias. Vamos a meditar hondamente en lo que significa esta fiesta.

En 1208, hace 804 años, a alguien se le ocurrió en Bélgica sacar por las calles al Santísimo; y fue alimentándose a lo largo de los siglos esta fiesta, tanto así que, Santo Tomás le compuso unos cantos preciosos que todos conocemos, como el Pange Lingua o el Panis Angelicus, que han sido como una motivación permanente para regresar a la fuente inagotable del amor de Dios mostrado en la vida de Jesús y expresada en la institución de la Eucaristía.

En esta fiesta se nos habla de un rito, el rito de Melquisedec ¿Y quién es Melquisedec? Es un rey-sacerdote, es decir, es rey, y a la vez, es sacerdote; rey de Salem (Jesusalen), y a la vez, sacerdote del Dios Altísimo. “Mel” significa “rey”, y “sedec” viene de “sadic”- “sacerdote”. Y es una imagen de lo que será Jesús después: Aquel que viene a anunciarnos el Reino de Dios.

Dice el texto de Lucas que Él predicaba la gente, hablaba a la gente, le hablaba a la gente; y, por lo tanto, a través del hablarle, les enseña el Reino de Dios, es decir, cómo Dios reina; que no reina, evidentemente, haciendo una dictadura, ni haciendo un gobierno político, sino que gobierna a través de la suscitación del Espíritu del amor en todos nosotros. Y ese espíritu de amor necesita ser alimentado.

El Señor habla del Reino de Dios para que ese Reino de Dios vaya gobernando el mundo desde las bases de la sociedad y vaya metiéndose en todas partes y creando un nuevo espíritu para la humanidad. Por eso es que Dios no nos salva solamente el alma; Dios quiere salvar la historia de los seres humanos, quiere salvar la vida humana en su totalidad, y quiere suscitar su Espíritu para que nos amemos unos a otros, por eso les habla. Pero se necesita alimento, también, para fortalecer eso, porque, cómo vamos a aprender a amar si no estamos bien alimentados.

Y hoy día el Papa ha recordado que “no solamente los alimentó, sino que quedaron satisfechos”, dice el texto. El Papa recordaba 2 o 3 veces en el balcón del Vaticano: ¡Y estaba satisfechos! Es decir, con la “panza llena”. Y es curioso porque nosotros, cuando hacemos la Eucaristía y la compartimos, es solamente un pedacito de pan; pero ese es un signo, está ahí el amor. Por eso el Papa decía que, cuando el Señor nos da sus signos y nos da su Pan, nos da también su compañía para salir de la soledad; nos da su cariño para salir de nuestros enredos y depresiones; nos da su ayuda, su aliento, para que no desfallezcamos en el camino. Es mucho más grande ese alimento, por eso es que uno está satisfecho, porque, en ese alimento se encierra todo el amor de Dios en todas sus dimensiones: espirituales, corporales, sociales, políticas, económicas; porque Dios ha venido, justamente, por medio de Jesús, a realizar su Reino

en la humanidad para que, en todos los aspectos de la vida, Dios viva en nuestro mundo y viva en nuestro Perú.

Por eso, en este texto de hoy, este rito de Melquisedec es un rito de donación. Él le ofrece pan y vino, y lo ofrece por parte de Dios a Abraham. Y ¿quién es Abraham? Decimos “el padre de los creyentes”, pero padre de los creyentes que, a la vez, no había salido de casa a los 70 años, no tenía hijos, era pobre, inclusive, Yahveh le dice: “te bendeciré”, quiere decir que estaba medio maldecido también, porque era un pobre hombre. Pero ese va a ser el fundamento de la historia de todo Israel, que va a desembocar en David, va a pasar por Zorobabel y va a ir en última instancia hasta Jesús.

Hacer el rito de Melquisedec es aprender a vivir compartiendo, donándose mutuamente, alimentando al otro, acompañándolo. Y ese es el rito que vamos a hacer ahora, y eso significa que hagamos también lo que hizo Jesús en este precioso texto del evangelio de Lucas: anunciarnos unos a otros el Reino de Dios y curar a todos los que necesitan curación; y aprender, todos como sociedad, a atender, en primer lugar, a las personas que necesitan su Palabra y necesitan su curación, su sanación; a los miles y millones de enfermos que existen en el mundo, y a todos los que están enfermos de violencia, de agresión, de ambición, de ambición a ese dios que llamamos “mamona”, que se dice muy bien en el Evangelio de Lucas, y que es un dios infinito, porque la ambición es infinita y loca. Como el Papa dijo también en una entrevista: “las locas ambiciones”, “la locura de la ambición”.

Hacer el rito de Melquisedec significa, hoy día, en nuestra sociedad, aprender a compartir gratuitamente, a volver a la fuente inagotable que es la raíz de nuestra existencia. Todos hemos sido creados por amor gratuito, y Dios permanece con nosotros gratuitamente y es nuestro servidor. Nosotros no tenemos un dios ambicioso, tenemos un Dios generoso

que nos sirve, para que comprendamos que el principio de la existencia es siempre la ayuda mutua y el servicio. Y ese rito que hace Jesús - porque pertenece a esa tradición y sabe que es una tradición viva, profunda - antes de morir, pronuncia esas palabras que pronunciamos nosotros en la consagración: “Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre, entregada en favor de ustedes”, gratuitamente, regalada a ustedes, para que todos seamos un regalo de Dios y sepamos compartirnos y compartir nuestros bienes con quienes más necesitan, mucho más en este tiempo tremendo en donde se viene una hambruna generalizada en el mundo, una crisis alimentaria. He sabido que en este mes que he estado con el Santo Padre, nuestros obispos auxiliares han estado moviéndose muy bien y la campaña de las ollas comunes va para adelante, mientras que la Cáritas se está reorganizando para poder hacer juntos esa gran tarea. Tenemos urgencia de hacer una gran cadena nacional para que el hambre no nos destruya, para que podamos superar este problema.

Hermanos y hermanas, el Señor quiere enseñarles a sus discípulos a salir de esa actitud egoísta que todos también tenemos, que nos viene por el pecado de Adán, pero que podemos superar si es que le hacemos caso: “Denles ustedes de comer”. ¿Por qué les dice esto? Porque los discípulos le han dicho a Jesús que la gente está en descampado y que se vayan a algún hotel, que busquen donde van a vivir y qué busquen que comer. Es decir, los discípulos tienen una actitud media indiferente, media irresponsable, porque Él les había dado poderes. “Les doy todo poder, vayan y anuncien el Evangelio, entren a las casas, digan ¡Paz a esta casa!, compartan lo que tienen”. Pero con esta actitud, ya empieza a formarse esa cosa que se llama: “la élite”, el grupo de separados, eso que el Papa llama “clericalismo”, en donde nosotros somos como

privilegiados. ¡Ah! Somos sacerdotes “eternos”, según el rito de Melquisedec, pero no sabemos que este rito es para compartir, no para separarse.

Y todos estamos llamados, entonces, a acoger el Espíritu para generar una forma nueva de ser; y en toda situación humana, siempre recordamos lo mismo: Hemos sido creados para amar por un Dios que es amor gratuito, y la humanidad tendrá salvación solamente si regresa a su ser, a su origen y aprende a compartir sencillamente, sin complicarse tanto la vida. Y ¿cómo se complica la vida? Cuando se está pensando locamente en los ritos de las ganancias, y entonces, se destroza todo el ser humano, se destrozan los movimientos, se destroza la Iglesia, se destroza por una serie de ambiciones y locuras, porque tenemos también este problema dentro de la Iglesia y también tenemos que superarlo.

En ese sentido, hermanos y hermanas, esta fiesta nos coloca directamente en una actitud que salga de dar, algo así como, pretextos para no compartir: “No tenemos más que 5 panes y 2 peces”, responden los discípulos. “No tenemos plata, estamos en emergencia, yo no puedo ayudar” o, si no, la otra alternativa: “tendríamos que comprar y tener mucha plata para hacer esto”. En los dos casos todo lo cuantificamos, lo calculamos; pero ¿una mamá calcula cuándo tiene al niño dentro y lo espera? ¿Qué pasa si calcula? Vienen las tentaciones. “Me lo quito” o “huyo de esto y lo entrego a otra persona”, es decir, no asumo la responsabilidad.

Pero ¿la verdadera madre cómo es? ¿Y el verdadero padre cómo es? “Asumo responsablemente!”, porque, si yo soy don, yo también acojo al don que me es dado y lo acompaño, lo genero, suscito novedad de vida, y espero en que él pueda crecer con la alegría de la misma compañía que yo recibí, y así nos damos la mano la humanidad, unos a otros.

Los seres humanos no somos unos seres “arrojados a la existencia”, como si fuéramos piedras o porquería y allí nos vamos a morir. Esa es una concepción equivocada de lo que es el ser humano, y que ha asistido durante los últimos cuatro siglos a la humanidad: “El hombre es un ser para la muerte, arrojado, tirado”. ¡Eso no es verdad! Porque hasta ahora, cuando nacemos, nos arropan, nos ayudan, nos ponen un nombre, la familia se alegra, todo el mundo entra en una nueva experiencia de amistad y de cariño. Hay algunos casos excepcionales, pero normalmente a ustedes ¿los acogieron así?, ¿los apapacharon? Y, entonces, quiere decir que nosotros vivimos en nuestro propio ser lo que es la experiencia del amor. Lo que pasa es que después vienen los avatares de la vida y nos olvidamos de que eso es lo fundamental; y ahora necesitamos recordarlo en cada decisión que debemos tomar ante las situaciones difíciles que vivimos. Por eso, más allá de que haya escasez y no se pueda o tendríamos que comprar y se necesita mucha plata, el Señor les dice “deles ustedes de comen” y... “Hagan que la gente se siente”. Primero, el Señor quiere que coman con dignidad y sentados, nada de comer de pie, parados, en apuros. Él quiere que la gente sencilla, la gente pobre que tiene delante, se siente tranquilamente a disfrutar. Y luego, hace una cosa que es muy interesante: manda a que se sienten en grupos de 50.

Ayer recordé una cosa que hace muchos años, una señora de un pueblo joven, decía: “Jesús quiere un reino organizado”. Esto es muy importante, hermanos, porque en el caos no van las cosas bien. El pueblo, en el mundo, necesita organizar la fraternidad, todos tenemos que colaborar en un mundo con problemas para los que no tenemos soluciones, y tenemos todos que contribuir en proponerlas; por eso el Papa ha escrito la Fratelli Tutti, porque todos, como hermanos, tenemos que contribuir; y los

pueblos están sufriendo dictaduras, porque esas dictaduras están queriendo olvidarse de la gente y hacer lo que quieren con ella. Y ¿qué hacemos nosotros, los que somos el pueblo sencillo? Necesitamos organizarnos y ayudarnos mutuamente, todos contribuimos y, por eso, el Papa también, en la Iglesia, ha hecho un signo: va a hacer el Sínodo de la sinodalidad, es decir, decidir cómo podemos caminar juntos ayudándonos unos a otros y dirigiendo la vida del mundo o dando una luz al mundo de que es posible comprenderse y ayudarse.

Si la Iglesia no tiene la solución, sí tiene un modo de conversar y de compartir que puede ser signo y luz para todo el mundo; y eso lo vamos a hacer también en nuestra ciudad de Lima, lo vamos a hacer en nuestra Iglesia de Lima, la reforma de la Iglesia de Lima, y ya la estamos haciendo. Aprender a hacer juntos las cosas, sin pensar que yo sé todo, yo mando y todo el mundo obedece ¡No! Yo tengo esta sugerencia y creo que podría ir por ahí ¿qué piensan ustedes? Y recién ahí, “lero lero candelero”...conversando, preguntarnos cómo son las cosas y compartimos. Y aquí una de las que más saben cómo hacer las cosas son las mujeres, porque ellas son una de las almas más profundas que tiene la Iglesia. Necesitamos la participación, el concurso de todos, porque no hay magos en el mundo que puedan solucionar lo que estamos viviendo, es una mentira creer que solamente se requiere más inversiones, más ganancia y más ganancia.

¿En qué están invirtiendo en este momento los grandes de este mundo? Están invirtiendo en cómo se hace, de los brazos de los jóvenes, brazos postizos para los mayores ricachones que en el mundo existen y que quieren nutrirse con la carne de los humanos. Estamos yendo hacia una sociedad de antropófagos que usan los órganos, los maltratan y los convierten, a través de la ciencia, en tontos

útiles, en conejillos de indias, en carne de cañón. Y nosotros tenemos, como cristianos que creemos en la humanidad y que Dios nos ha creado para amarnos y que la vida tiene sentido, que esa forma de organizar la economía y el mundo es irnos al infierno ya en esta vida. Y nosotros queremos hacer, como decía Santa Rosa de Lima, de este país, de este mundo, “una partecita del cielo”.

Esa es nuestra tarea: anunciar el Reino de Dios ya en esta tierra para cambiar este mundo con los valores de la fe, no imponiéndolos, sino suscitándolos, porque están en el corazón de la gente. Los católicos no tenemos la propiedad privada de la Palabra de Dios, está repartida humanamente en toda la gente. Solamente tenemos la responsabilidad de anunciarla y de suscitara para que crezca, respetuosa y cariñosamente, no para imponernos como católicos, sino para suscitar una esperanza que está yaciendo en la gente, y la gente está necesitando hoy día urgentemente ante tanta tragedia que existe.

Por eso, terminemos hoy día, agradeciendo al Señor, porque, dando su bendición, la pronuncia, parte el pan y le da a sus discípulos para enseñarles cómo hay que proceder. Esos somos todos los que estamos acá, los discípulos y discípulas del Señor, aprender como hace el Señor, y acompañar, poco a poco, conversar, acordar y ser grandes acompañantes, servidores de la gente, no tiranos, no mandamases. “Los jefes de las naciones se hacen llamar “benefactores” y las oprimen. ¡No será así entre ustedes: El que sea y quiera ser el primero, que sea el último y el servidor de todos”, dice el Señor. Acá estamos todos los últimos servidores para ayudar a nuestro pueblo a salir adelante.

Finalmente, dice: “Los partió y se lo dio a los discípulos para que los sirvieran a la gente” ¡Qué bonito! Y después dice el texto que todos comieron hasta saciarse y sobró. Curioso

¿no? Tan poquito había que solamente el compartir hace posible que siempre sobra. Y nos pasa en nuestros retiros de Primera Comunión, de los jóvenes de Confirmación, cuando llevamos un sándwich cada uno, y como siempre el hambre no es igual, siempre queda. Hay unos que comen más, otros comen menos, pero siempre se puede compartir y siempre sobra. Ese milagro lo vivimos todos en nuestras parroquias.

Por eso, hermanos y hermanas, demos gracias al Señor, porque, entregando su vida a nosotros, todavía sobra bastante de ese Pan que podemos comer y que todos necesitamos para vivir, que es el Pan de los ángeles, el Pan del cielo, para que esa tierra sea un cielo, no solamente para que nos vayamos al cielo mañana. Y los que están en el cielo nos protegen y nos ayudan para tener esa misma capacidad que el Señor nos da, que es su bendición.

Unámonos todos en oración y contemplemos nuestra Eucaristía para vivir hondamente nuestra compañía con los demás.